



# SEÑALES DE HUMO

**JUAN FRANCISCO ANDRADE BELLIDO**

«Las muertes aparentemente naturales de dos agricultores, sucedidas con un mes de intervalo en la pacífica población de Portas, empujan a Antonio Ladrón de Guevara, a contarle a su amigo Ramón Castillo, médico de la localidad, unos sucesos que acaecieron 27 años atrás, extrañamente parecidos a los actuales, y le pide ayuda para investigarlos. Castillo esconde un pasado revelador: siendo un estudiante en Sevilla, se vio inmerso en la investigación de unos atroces asesinatos, que ayudó a resolver. Al principio, Castillo se resiste a ayudar a su amigo, pero una misteriosa llamada desde Madrid y una carta que llega a sus manos, termina por decidirle a involucrarse de lleno. Lo que va descubriendo le deja tan perplejo como lo que le es revelado en su viaje a Madrid. A su vuelta a Portas ha muerto otro vecino en similares circunstancias, pero es el asesinato de un viejo agricultor el que le conduce finalmente a un terrible descubrimiento».

# SEÑALES DE HUMO

Juan Francisco Andrade Bellido

*Una a una, las señales de humo desaparecen  
con rapidez, deshaciéndose en el azul del  
cielo...*

*A mi queridísima madre, germen de mi ser  
A mi amada esposa, a cuya inquebrantable fe  
debo gran parte de lo que soy.*

*A la memoria de Carlos Calderón,  
con quien tantas veces compartí este sueño.*

*Todos los personajes incluidos en la obra son inventados.  
Cualquier parecido con la realidad es, por tanto, mera coincidencia.*

## 1

*Los peores verdugos son los que tienen buen corazón.*

LOUIS-FERDINAND CÉLIN

Al llegar los primeros días de septiembre, un empeoramiento brusco del tiempo sorprendió a los habitantes de la comarca, agotados entonces por las muchas jornadas de agobiante calima. El paisaje se agrisó, como una lumbre extinguida, desde las colinas calvas de Los Tramos hasta Sierra Ancha. El calor sofocante que agostaba los bancales fue engullido con celeridad por el temporal que había encapotado el cielo.

Algunas nubes eran tan oscuras que parecían tiznadas de carbón; viajaban de noroeste a sudeste, muy rápidamente, arrastradas por un viento racheado, húmedo y desapacible. Los caminos se llenaron de charcos, algunos de tal profundidad que las marcas de lucha de las ruedas zigzagaban en el fango de los bordes como serpientes heridas. El agua huía por las pendientes asfaltadas, para refugiarse en los arcnos, corriendo como una multitud asustada, y a veces se remansaba en las pequeñas irregularidades dándole un fugaz barniz violeta con destellos dorados al alquitrán rugoso y desteñido. El olor de la tierra cambió en un instante y, al escampar, ráfagas templadas inundaron de pasto mojado las cocinas de los cortijos, cuyas ventanas permanecían abiertas durante todo el verano, protegidas solo por viejas mosquiteras de malla de alambre. El tiempo no mejoró hasta seis días después.

El nueve de septiembre, cuando el cielo volvía a ser de un azul bruñido y el sol de mediodía calentaba con energía renovada los cultivos tardíos, apareció el primer cuerpo. Dos niños que paseaban en bicicleta por el laberinto de carriles de tierra de la zona lo hallaron en un campo de girasoles. Correspondía a un varón maduro y de mediana estatura, grueso, vestido con ropa vieja, descolorida y salpicada por rotos y rozaduras, de la que se usa para trabajar, que fue identificado como un agricultor al que —al igual que a su padre y a su abuelo— apodaban Picogordo, debido al insólito grosor de los labios de su bisabuelo paterno. Debía de llevar muerto unos dos días. El cadáver estaba boca abajo, y más de la mitad del mismo, incluida la cabeza, se encontraba dentro de una acequia, en contacto con el agua.

Picogordo, cuyo verdadero nombre era Salvador Valera, tenía muy pocos amigos y los pocos que tenía (si es que se puede llamar amigos a los que compartían con él barra y botella de vino) eran amistades estrictamente de taberna y no se relacionaba con ellos en ningún otro lugar.

Su familia solo contaba para las grandes ocasiones. A nadie extrañó que no se le viera por el pueblo durante tres días pues hacía a menudo pequeños viajes para vender legumbres sin dar cuenta de su marcha.

Todos los comentarios de los vecinos acerca de su muerte apuntaban en la misma dirección, y es que nadie dudaba de que aquel hecho fuera el resultado de un desgraciado accidente, producto de una de sus múltiples franchelas. Causó cierta extrañeza, sin embargo, que el cuerpo fuese hallado en lugar apartado de sus rutas de vendedor, y en donde nadie sabía que tuviese tierra o intereses. Aunque durante una gran borrachera, un dipsómano puede tomar cualquier dirección, por absurda que parezca, y recaer en el lugar menos pensado para concluir su desgraciado estado con un profundo y prolongado sueño, del que algunos jamás despiertan.

Se siguió el procedimiento de rutina para estos casos. Por mandato del juzgado de instrucción correspondiente, el juez de Paz de Portas levantó el cadáver, auxiliado por el médico de la localidad. No se observaron signos de violencia. Y el hecho de que el cuerpo no fuese hallado hasta tres días después de ocurrida la muerte, a pesar de encontrarse muy cerca de un carril bastante frecuentado, fue atribuido a la altura y espesor de los girasoles en aquella zona y a la marea producida por la gran velocidad del agua dentro de la acequia, que alejaba a la brisa del camino, disimulando la descomposición ya evidente en aquellos momentos.

La autopsia no aportó grandes cosas. Las livideces *post mortem* en las zonas declives impedían determinar la existencia o no de cianosis en el rostro, muy característica de los ataques al corazón.

Por otra parte, no había agua en los pulmones lo que permitió excluir al ahogamiento como causa, por más que, inesperada y curiosamente, el estómago y el esófago hasta la misma garganta estaban repletos de ella, como si en los instantes previos a la muerte hubiera sentido una sed insaciable. Aunque el estómago también contenía una notable cantidad de *brandy*, la disección de los órganos vitales no mostró nada anormal y el forense concluyó en su informe que se trataba de una muerte repentina cuyo origen era, probablemente, una arritmia cardíaca. De hecho, no había nada que sustentara esta *suposición*, pues el finado carecía por completo de antecedentes médicos, pero a ella se llegó por exclusión y no hubo objeciones.

Se estaba empezando a olvidar el asunto cuando fue hallado un nuevo cadáver en unas circunstancias muy similares al anterior: también era un agricultor de más de sesenta años y su cuerpo estaba muy cerca del agua, aunque no en contacto con ella. Su proximidad al río hizo pensar a la guardia civil —que había hallado al infortunado poco después de recibir denuncia por su desaparición—, en un ahogamiento. Sin embargo, se comprobó que sus ropas es-

taban completamente secas y que la inclinación del lecho del río era tan pronunciada en ese punto que resultaba imposible que el cadáver hubiese llegado hasta allí empujado por la corriente. La autopsia reveló más o menos los mismos datos que en el caso precedente: no había agua en los pulmones, pero sí en el tubo digestivo. Había bebido en el río hasta hartarse y no existía lesión aparente alguna en los órganos diseccionados. Pero la pregunta era: ¿por qué bebió el agua turbia y cenagosa del cauce si a menos de cien metros de donde fue hallado existía una pequeña fuente de la que precisamente se abastecían los agricultores de la zona?

## LOS CRÍMENES DE LA ESCOMBRERA

*Veintidós de octubre de 1982 (Diecinueve y diez horas, aproximadamente).*

—...

Un repentino arrebato de ira le había hecho aplastar el auricular del teléfono contra la base. Inmediatamente se levantó del sillón resoplando y perjurando entre dientes. Los dos policías cruzaron una mirada furtiva. Estaban desconcertados. Tal reacción era del todo inesperada, teniendo en consideración la delicadeza con la que se le había expuesto el plan. Le habían juzgado mal: por sus modales educados, aparentaba mucho más control de sí mismo.

—¡Un momento!... —le espetó al que vestía ropa de calle—. Usted piensa que me voy a comer esta mierda... ¿Me toma por imbécil? ¡Se equivoca por completo, hombre!

Los ojos del forense centelleaban de rabia. Desde sus ciento noventa centímetros bien proporcionados, una mira-

da de insana ferocidad como aquella resultaba ligeramente inquietante. Bernal miró a su compañero para darse tiempo a encontrar las palabras adecuadas. Maldijo a Encinas y a sus asquerosos dientes en doble hilera por no haberle dejado usar el teléfono. Otra de las típicas arbitrariedades del jefe.

Decía esto, y tenía que ser esto: cosas sin fundamento ni sustancia, casi siempre. Era increíble cómo un personaje con la mente tan desorganizada había colonizado un área de tales responsabilidades. Mientras decidía cómo parar la embestida, volvió a recrear en su mente el hocico deforme de Encinas, su dentadura enmohecida como el tronco de un álamo en la umbría del bosque. Y se cagó en ella.

—Entiendo que no es una situación cómoda para usted. Tampoco a nosotros nos gusta —mintió Bernal—. Es la primera vez que la brigada recibe una colaboración así... Pero es preciso que lo sepa: se ha avenido a firmar un documento de confidencialidad. Sin poner pegas.

Eso le asegura a usted la plena autoría de los informes.

—¡Me traen sin cuidado sus componendas! —aulló el hombretón.

—Le ruego que se tranquilice —dijo, levantándose, el inspector. Le resultaba muy incómodo permanecer sentado en la morada de quien mostraba una actitud tan hostil.

—Dígame cómo —le retó, desafiante, el forense, dándole la espalda.

Bernal experimentó ese sofoco sanguíneo que invade el pecho de quien debe morderse la lengua para no responder con justa contundencia a una tergiversación interesada del objeto de la discusión, a una verdad a medias. Consiguió suspirar hondo, sintiendo cómo se entrecortaba el flujo de aire en su interior, frenado por las venas congestionadas de sus pulmones y, midiendo el tono de sus palabras, desmenuzó con prudente asepsia un primer argumento:

—Está enfocándolo como un agravio, y no lo es...

—¡Ah, no! —escupió el forense con sarcástico desdén.

—Mire: es una oportunidad que tenemos... Quiero aprovecharla —dijo con humildad el inspector—. Esta línea de investigación no cuestiona su autoridad, ni mucho menos su trabajo... Simplemente es nuestra obligación explorar esas posibilidades.

Había una distanciada elegancia en la inflexión de la voz del policía que desconcertaba al airado forense. Casi conseguía adormecer sus ímpetus.

—Ponen a mi alumno al frente —aseguró más calmado—. ¡Es así de simple!

El sol se extinguía en el exterior del despacho, de improviso, como la emoción de un sueño al despertar. Desde pocos días atrás las caravanas de la propaganda electoral se habían adueñado del centro de la ciudad, pero con obstinada insistencia exportaban su particular caos, su agitación soez, por las grandes avenidas del sureste, para cruzar finalmente el Guadalquivir, guiadas por un hálito extraño y caprichoso, en un itinerario ciego, sin rutas preconcebidas, hasta esfumarse en medio de la selva de bocinas. Bernal empujó el coqueto silloncito de estilo inglés hacia atrás y volvió a sentarse, inclinándose un poco hasta apoyar los codos en sus rodillas, de modo que su cabello fino, lacio y prematuramente canoso, se deslizó hacia el centro de su frente, ocultándola casi por completo. Con parsimonia calculada juntó las palmas de sus manos y entrecruzó los dedos. En la academia se le había instruido en el lenguaje corporal de la persuasión.

—No, verá: su alumno puede estar en lo cierto. Lo que deduce en su escrito tiene lógica y ninguno de nosotros había sido capaz de planteárselo... Sí, ya me lo ha dicho. Y estoy de acuerdo con usted en que su trabajo de prácticas no cumple el objetivo que le había sido encomendado..., que va por libre y... se encamina a resolver unas cuestiones que no le conciernen, ¡de acuerdo! Es así. Tiene razón en eso...

»Mire; a ver cómo se lo hago comprender... Es bien sencillo: lo necesitamos. Su alumno razona de un modo muy diferente al resto; y le aseguro que no estamos obcecados. Sabemos muy bien qué lugar ocupa cada cual —remachó con determinación.

La descarga de adrenalina había secado la boca del forense y sus labios aparecían un poco descoloridos y arrugados. Chasqueaban ligeramente al abrirse. Sus mejillas aún estaban abarrotadas de indignación. Pese a su reputación, no le parecía un hombre de carisma, y, además, no se ganaba muchas simpatías con su forma de ser.

Pero él no estaba allí para juzgarle. De hecho, comprendía su punto de vista y por esa razón más que por ninguna otra trataba de escenificar una especie de plan alternativo. Para que no pareciese lo que en realidad era: que le habían sustraído las atribuciones de su cargo, pero no la acción. Como si a uno le arrebataran el alma.

La ira brevemente contenida irrumpió casi por sorpresa en su cuello tirante, que se pobló de venas ingurgitadas y azules.

—¡No sabe de lo que habla! —replicó el forense a voz en grito—. ¡En toda mi vida profesional he visto una cosa tan absurda, además de irregular! ¡Mi trabajo, de coartada a un juego de adivinanzas! Es... —se detuvo, rojo de ira— es subordinar lo científico a lo empírico. ¿Cómo esperan que me preste a una cosa así? ¿Es que no se dan cuenta?

La escenita no intimidó a Bernal. Él siempre se crecía en las situaciones tensas. ¡Qué cojones!, se dijo, contrayendo los maseteros para recargarse de toda la mala leche de la que era capaz. Si tenía que ser por las malas, ¡pues por las malas!

—No me hace falta recordarle —dijo mientras se tiraba, con evidente cabreo, de las solapas de la americana negra de pana—, que esa no es la única irregularidad, ¿verdad? —El forense comenzó a volverse, desconcertado por aquel nuevo tono lleno de aspereza. Lo que se encontró frente a

él fue la mirada desafiante del inspector—. El sistema de turnos, ¿recuerda? —continuó—. Eso también se lo ha saltado la Audiencia. Por una sugerencia suya, según creo —apuntó en tono irónico.

Bernal se equivocaba en esta ocasión porque la idea no había sido del todo del forense, aunque pareció acogerla con verdadero entusiasmo. Desde luego, él se creía el único capaz entre sus compañeros; tal vez por eso no había puesto reparo alguno en dar de lado al resto de los patólogos, a los que siempre había considerado en el cenit de su soberbia como «unos mediocres». Probablemente, no habría uno solo de ellos que no cometiese varios errores de bulto en esa clase de investigación, pensaba para sí. Mejor que hubiesen decidido asignarle a él la práctica de todas las pruebas forenses del caso. Sabía a ciencia cierta que sus aportaciones serían de gran ayuda. No había nadie más capacitado que él.

Lo que molestaba al inspector eran esos escrúpulos hipócritas, acerca del alumno, planteados como una cuestión de ética en el procedimiento. El gobernador había tenido que emplearse a fondo con el presidente de la Audiencia Provincial, y este, sofocar un conato de rebelión entre los dieciséis forenses de los juzgados de la ciudad y los pueblos del cinturón, que nunca antes se habían visto sometidos a semejante intromisión externa.

—¿Me está amenazando?

El compañero de Bernal se estrujó furtiva y nerviosamente los dedos de la mano derecha, detrás de la espalda, mientras trataba de disimular su inquietud asomándose a la ventana con una mirada vacía.

—En absoluto. El proceso deductivo —continuó Bernal, desviándose de la cuestión—, también es un método válido... Mire, lo que hemos pensado es que incorpore un anexo a sus informes. Solo eso.

Se limitará a observar y a decirnos lo que ve.

El forense se dirigió a la puerta y giró el pomo, invitándoles a marcharse.

—Lo veremos.

—Bueno... don Fernando se lo habrá explicado con claridad, ¿no?

Puede llamar al gobierno civil si quiere...

Pero la puerta se había cerrado antes de que pudiera advertirle que ya era una decisión del gobernador.

## EL CODO DE ELEANOR BOWIE

16 de abril de 1983

La macilenta textura de la espalda y, a buen seguro también, la completa ausencia de pelo en la cabeza podían explicar en parte cómo al menos una docena de camionetas y furgones y turismos con remolques, habían pasado de largo, a pesar de que la distancia del cuerpo a la zona transitable no superaba los cuatro metros y medio. Desde la altura a la que está del suelo la cabina de un camión grande, se habría divisado con facilidad, pese a que las piernas y el brazo derecho se hallaban ocultos bajo unos cartones. Pero los vehículos pesados tenían otra ruta de entrada y salida, al norte del descampado. Eso y la montaña de escombros a cuyo pie había sido *abandonado*, que mantenía en cierta penumbra la oquedad donde se halló. La tierra estaba tan seca y trillada en el camino que el paso de cualquier vehículo levantaba una nube de polvo fino, casi ingrávigo, cuya tardanza en aposentarse provocaba una niebla de suciedad permanente. Durante el último mes no había caído ni una gota de agua. La piel ya era del color del polvo que todo lo cubría. De haber conservado sus rizados cabellos

rubios, seguramente hubiera llamado la atención de alguien nada más despuntar el día. Un pelo como el de aquella muchacha no pasa fácilmente desapercibido. Pero fueron finalmente las moscardas las que señalaron su presencia a uno de los muchos chatarreros, habituales del vertedero.

Al pobre hombre, del susto, se le volcó el carro de supermercado, desparramándosele los cachivaches.

Demasiado tarde, se repitió el estudiante. Las once menos veinte, a no ser que su reloj se hubiese vuelto loco en un suspiro. Pero no, no era este el motivo; la hora del barato reloj de pared del local se aproximaba mucho a la que marcaba el suyo. Ya estaba con el segundo café. El humo ascendía desde los bordes de la taza, construyendo anillos deslavazados, y escapaba también del montoncito de espuma acumulada en el centro. El foco de luz halógena del techo concentraba su energía justo sobre la taza. Bajo su esfuerzo clarificador aparecería cualquier mínimo detalle o textura o matiz de color o forma. Nada podía ocultarse en ese perímetro, ni siquiera el insecto casi microscópico que atravesaba esa parte del mostrador a velocidad de vértigo.

Vino nuevamente a su cabeza el origen de aquel embrollo, y repasó, una a una, las disputas en las que se había visto mezclado contra su voluntad y los malos ratos pasados en nombre de un deber moral que, él, no acababa de entender. Apelaron a su conciencia, exprimiéndola, para servir —en teoría— a una causa noble, de un modo semejante a como un recaudador de tributos esquilma a la misma miseria en favor de la conquista de un reino. Ahora se percataba del juego. Todo por dar su parecer con sincero desinterés, por querer ayudar a cambio de nada.

Se le había pedido una opinión, solo eso. La rutina de un ejercicio de prácticas. Y él la dio, sin imaginar siquiera que sería tomada como una ofensa. Cuantas cosas habían sucedido después escapaban parcialmente a su voluntad. El subrayado al texto y los ulteriores pasos encaminados en